



Col·lecció
INSTRUMENTA  56

ROMA EN LA PENÍNSULA
IBÉRICA PRESERTORIANA.
ESCENARIOS
DE IMPLANTACIÓN
MILITAR PROVINCIAL

Jordi Principal, Toni Naco del Hoyo,
Montserrat Duran, Imma Mestres (eds.)



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

ÍNDICE GENERAL

Presentación	9
(Jordi Principal, Toni Naco del Hoyo, Montserrat Duran, Imma Mestres)	
Prefacio	13
(Joaquín Ruiz de Arbulo)	
1. “Conectividad”, integración militar y “estrés bélico” en el N.E. de Hispania Citerior (c. 125-100 a.C.)	17
(Toni Naco del Hoyo)	
2. El <i>triumphum ex Gallia</i> de C. Coelius Caldus y la caballería hispana (101 a.C.)	39
(Fernando López Sánchez)	
3. Las Guerras Celtibérico-Lusitanas (114-93 a.C.) y su dimensión geopolítica	59
(Eduardo Sánchez Moreno)	
4. Estrategia militar y conquista romana del occidente peninsular a través del registro arqueológico	79
(F. Javier Heras Mora)	
5. Paradigme polybien et faits matériels, nouvelle approche pour une définition archéologique de la castrametation romaine d’époque républicaine en péninsule Ibérique	109
(Alexandre Bertaud)	
6. Les funcions tàctica, estratègica i logística d’<i>Emporion</i> i la Indigècia ibèrica (218-76 a.C.)	143
(Josep Burch, Josep M. Nolla, Jordi Sagrera, Jordi Vivo)	
7. El Camp de les Lloses (Tona, Barcelona): evolución y significado del <i>vicus romanorrepblicano</i>	153
(Montserrat Duran, Imma Mestres, Carles Padrós, Jordi Principal)	
8. Implantación militar y control del territorio en el N.E. de la Citerior: el ejemplo del <i>castellum</i> de Monteró 1 (Camarasa, Lérida)	191
(M. Pilar Camañes, Carles Padrós, Jordi Principal)	
9. Auxiliares y moneda en las Galias a finales de la República (125-30 a.C.)	211
(Salvador Busquets)	
Índices:	
- de autores modernos	241
- de etnónimos y personajes históricos	242
- topográfico	246
- de materias	250
- de fuentes antiguas	255

PRESENTACIÓN

El presente volumen es fruto de una iniciativa pensada y llevada a cabo desde el *Centre d'Intepretació del Camp de les Lloses* (Tona, Barcelona). Desde que se iniciaran las excavaciones del yacimiento en el 1993, y a partir del impulso definitivo que significó la consecución final del centro de interpretación, la investigación ha sido una de las líneas de trabajo indispensable del equipo involucrado en el proyecto. Las necesidades interpretativas del yacimiento determinaron desde el primer momento que dicha investigación fuera lo más inclusiva posible, interdisciplinaria, compartida y difundida, pero sobre todo discutida y debatida. Debatida desde el ámbito contextual más particular hasta la realidad compleja y global, de amplio espectro, en que la historia de la Roma tardorrepública tiene lugar.

Así nació la idea de reunir en el mismo Centro, a un grupo de investigadores nacionales e internacionales, especialistas en sus respectivos campos, que durante una jornada debatiesen públicamente sobre temas relacionados con el yacimiento, pero también sobre la realidad histórica que comparte a nivel europeo y mediterráneo, con un evidente enfoque transfronterizo. Y tal idea se materializó en el *1r. Workshop Camp de les Lloses*, cuya publicación, en parte, se presenta en este volumen. Iniciativa, por otra parte, actualmente en vías de consolidación definitiva pues ya se han celebrado tres ediciones del workshop, con temáticas diferentes, y existe una cuarta edición en preparación.

La primera fue dedicada a la *Logística y estrategia militar en Hispania c. 120-90 a.C.* como marco de trabajo general para presentar la problemática del yacimiento; pero también para contextualizar históricamente la actuación militar de Roma en la Península Ibérica en el período comprendido, *grosso modo*, entre la caída de Numancia y la Guerra de Sertorio. La reunión pretendía ser una plataforma de diálogo y discusión entre arqueólogos e historiadores de la antigüedad, abierta también a la participación del público, en que se prestaba una atención especial a la arqueología militar tardorrepública, que desde inicios de la presente centuria ha ido tomando un importante

desarrollo. Para sentar las bases del debate participaron, además del equipo de El Camp de les Lloses (Sra. M. Duran, Sra. I. Mestres, Dr. J. Principal), el Dr. J.M. Burch y el Dr. J. Vivo (Universitat de Girona), el Dr. S. Busquets, el Prof. F. Cadiou (Université Bordeaux Montaigne), el Dr. A. Gorgues (Université Bordeaux Montaigne), el Dr. F. J. Heras (Junta de Extremadura), el Dr. F. López Sánchez (Wolfson College, University of Oxford), el Prof. T. Ñaco del Hoyo (ICREA-Universitat de Girona), el Dr. E. Sánchez Moreno (Universidad Autónoma de Madrid) y el equipo del *castellum* de Monteró 1 (Dr. J. Principal, Dra. M.P. Camañes y Dr. C. Padrós). A partir de lo expuesto y debatido en la jornada de trabajo celebrada el 16 de diciembre del 2011 en Tona, se planteó la opción de publicar los diferentes trabajos, guardando la unidad temática que los había inspirado, posibilidad que fue acogida positivamente por los participantes. A pesar de que se preveía una rápida publicación de los resultados, esta se fue dilatando en el tiempo debido a diferentes inconvenientes y obstáculos que impedían avanzar en la terminación de la obra; hasta el día de hoy, en que finalmente ve la luz dentro de la colección *Instrumenta* del CEIPAC (Universidad de Barcelona). Así pues, nuestro agradecimiento a la paciencia y compromiso de los autores que decidieron confiar en la publicación, y mantuvieron sus manuscritos a pesar del retraso.

La obra se compone de nueve trabajos que reflejan diferentes aproximaciones al período y la temática general en que se enmarcó la reunión, algunas de ellas complementarias, con plena libertad de planteamiento y expresión por parte de los autores, responsables últimos de su investigación, enfoque y opiniones.

Abre el volumen el trabajo de T. Ñaco del Hoyo, con la contextualización de la invasión de Cimbrios y Teutones, y los acontecimientos por ella generados, en la realidad global de los movimientos políticos y tensiones hegemónicas entre potencias mediterráneas a finales del siglo II a.C. El artículo de F. López Sánchez plantea una aproximación innovadora sobre el significado de ciertas series monetales “ibéricas” del noreste peninsular, vinculadas al reclutamiento y pago de unidades auxiliares indígenas específicas. Las Guerras Celitíbero-Lusitanas son objeto del trabajo de E. Sánchez Moreno, en que se ahonda en el sentido geoestratégico de la intervención de Roma en el interior de la península y en el papel jugado por las comunidades indígenas en función de intereses contrapuestos y ambivalentes. La aportación de F.J. Heras evalúa, desde una perspectiva arqueológica, la implantación militar romana en la Ulterior y la configuración de un paisaje militarizado en función de unos objetivos específicos relacionados con el control de los recursos mineros. En cambio, el trabajo de A. Bertaud pretende cuestionar, mediante el planteamiento de una metodología de trabajo asociativa basada en el análisis del registro arqueológico, la atribución militar de algunos yacimientos del interior de la Península Ibérica. J. Burch, J.M. Nolla, J. Sagrera y J. Vivo ponen el foco de atención en los cambios que experimenta el territorio del extremo noreste de la Citerior a partir de finales del siglo II a.C. y la importancia de Ampurias como base de la implantación romana. El equipo de El Camp de les Lloses presenta, por su parte, un análisis detallado del yacimiento, de la importante actividad metalúrgica en él desarrollada, y su vínculo con la esfera militar. Del mismo modo se plantea la intervención del equipo de Monteró 1, que interpreta el yacimiento como un *castellum* de control territorial destruido violentamente durante la Guerra de Sertorio. Y, por último, el estudio de S. Busquets, más allá de la problemática de Hispania y del espacio cronológico propuesto pero con un planteamiento de base concomitante con el sentido del volumen, pretende analizar las relaciones entre guerra y moneda, tomando como caso de estudio la Galia en época de la conquista cesariana.

Con la publicación de los trabajos que contiene este volumen pretendemos contribuir, desde El Camp de les Lloses, al debate sobre la implantación militar romana en Hispania con nuevos planteamientos y enfoques que combinen arqueología e historia antigua. De hecho, desde El Camp

de les Lloses no concebimos la existencia del Centro o del propio monumento sin la investigación, sin la base que nos permite interpretar y explicarlo al gran público. La investigación es, pues, el mismo origen de todo, el alma que mantiene vivo y dinámico el monumento, y sobre todo, la garante de su futuro. Sin investigación, el espacio divulgativo, la función social por antonomasia de nuestro patrimonio está condenada a la extinción.

No queremos concluir esta breve introducción sin agradecer al Ayuntamiento de Tona su compromiso y apoyo para con el yacimiento, la investigación que en él se desarrolla y especialmente su implicación en la organización de los workshops del Camp de les Lloses. Igualmente, a los *Serveis Territorials de Cultura de la Catalunya Central* de la Generalitat de Catalunya y al *Museu d'Arqueologia de Catalunya*, por el amparo prestado a la organización de los workshops. Por último, recordar que el presente volumen forma parte de la investigación desarrollada en el marco del grupo de investigación 2014 SGR-1347 *Equip interdisciplinari de recerca en estudis sobre la naturalesa de l'hegemonia en l'antiguitat (EIRENHEA): guerra, política i construcció de la pau en la Protohistòria i el Món Clàssic (ss. VI-I a.n.e.)*, del proyecto (ref. 437 K117) *El NE de la Citerior d'Escipió Emilià a Cèsar: la militarització del paisatge com a model de gestió territorial (NECEEC)*, y fundamentalmente del proyecto I+D HAR2014-59503-P *Espacios de integración en la Roma republicana: el N.E. de la Hispania Citerior (133-72 a.C.)*, cuyo sostén, asimismo, ha garantizado la presente publicación.

Jordi Principal
Toni Ñaco del Hoyo
Montserrat Duran
Imma Mestres

PREFACIO

“L’ordinamento militare, invece, come sempre, aveva dovuto trovare un adattamento ai nuovi bisogni: fondamentale, perché veniva a reppresentare una conzione inconciliabile con l’organizzazione militare cittadina, fu il permanere continuato sotto le armi dei militi per lunghi anni, con gravi conseguenze, oltre che di ordine economico, anche morale, giacché preparava la nascita della mentalità combattentistica, com già si era visto all’indomani della guera annibalica. Questo stato di fatto si manifestò precipuamente durante i lunghi anni della guerre di Spagna, che obligaron, alla fine, a ridurre a soli sei anni, ma di servizio continuato, la permanenza dei soldados in Ispaña: per tale motivo, l’esercito iberico può essere considerado il prototipo, in età repubblicana, degli eserciti stanziati delle province durante l’impero” (E. Gabba, Ricerche sull’esercito professionale romano da Mario ad Augusto, *Athenaeum*, 29, 1951, 178).

A lo largo del siglo II a.C. la sociedad romana asistió a un periodo de profundas transformaciones fruto del tránsito de una vieja ciudad estado como Roma que pasó a convertirse en el centro de un nuevo e inmenso *Imperium* provincial instalado por igual en Europa, Asia y Africa. Pero el precio que la base de la sociedad romana tuvo que pagar por ello fue inmenso y el drama social permanente en todos los intentos de reforma política en Roma a lo largo de dicho siglo. Arruinados por el auge de los inmensos latifundios senatoriales, los pequeños propietarios agrícolas romanos, aquellos *adsidui* que durante siglos habían asegurado el reclutamiento legionario, se convirtieron en una nueva plebe urbana siempre agitada. Sucesivas crisis condujeron finalmente a las reformas militares de Mario, que movilizaron a unos nuevos soldados profesionales reclutados entre la población sin recursos. Fueron estos los *proletarii* que harían de la fidelidad a su general, el espíritu de grupo y la esperanza del botín asegurado por la victoria sus nuevas constantes políticas. Y con ello la República Tardía se vio inmersa en las interminables guerras civiles del siglo I a.C.

El profesor Emilio Gabba recordaría en diversos trabajos como las tribulaciones militares de Roma en las dos provincias hispanas -que en nada se parecieron a las victoriosas y muy rentables guerras contemporáneas en Asia y Macedonia-, motivarían a mediados del siglo II a.C. una auténtica crisis del reclutamiento y una pérdida total en las clases populares de Roma de los viejos ideales del compromiso y servicio ciudadanos. Pero conocemos mal los detalles del proceso. En la Península Ibérica, la sucesión de acontecimientos históricos que recogen las fuentes escritas greco-latinas a lo largo del siglo II a.C. se limitan en lo esencial a una serie ininterrumpida de campañas militares de fortuna diversa que conocemos siempre de forma muy resumida, casi sintética.

Los libros de Livio, Polibio y en menor medida Apiano, Diodoro y Plutarco describen una tras otra las hazañas repetidas de los sucesivos imperatores senatoriales en las dos provincias hispanas, creadas en el 197 a.C. para regular la herencia de la guerra anibálica. Con mandatos anuales, los pretores gobernadores procedentes siempre del orden senatorial se limitaron a enriquecerse con los botines reprimiendo revueltas o ampliando sus territorios a costa de los vecinos pueblos lusitanos y celtíberos. Detrás de la paz de Roma, el despliegue de las compañías de publicanos recaudadoras de impuestos según concesiones obtenidas en subastas públicas propiciaban evidentemente la opresión fiscal de las poblaciones peregrinas. Nunca pareció existir en la Roma tardo-republicana una voluntad explícita de desarrollar un programa coherente de gobierno y administración más allá de asegurar la recogida de un obligado *stipendium* o tributo anual, cuyas cantidades fue registrando Livio de forma pormenorizada. Junto a ellas asistimos igualmente a las repetidas protestas públicas de los hispanos por el incumplimiento de los pactos o los procedimientos de extorsión utilizados en la recogida de los impuestos.

Es cierto que de tanto en tanto aparecieron actuaciones de carácter estratégico y global como la campaña del cónsul Catón en el 195, o la Tiberio Graco en los años 180-179 a.C. Pero el balance global muestra por el contrario una serie ininterrumpida de dolorosas e interminables guerras fronterizas de desgaste como las sucedidas con desigual fortuna en torno a Numancia entre los años 153 y 133 a.C. que Polibio (35.1) denominó por su violencia, extensión y duración una “guerra de fuego” o las campañas reiteradas contra un incansable Viriato (147-139 a.C.). Paso a paso, se fue extendiendo la ocupación romana por las tierras centrales de toda la Península hasta alcanzar la mítica Gallaecia rica en oro a la que llegó el cónsul Bruto en el 138 o unas Islas Baleares pacificadas y colonizadas por Metelo en los años 123-122 a.C.

En todo este periodo, los ejércitos romanos estacionados en cada una de las dos provincias hispanas citerior y ulterior, actuaron como los elementos centrales del fenómeno que hemos venido llamando la “romanización”: la transición de los diferentes modos de vida de las tribus y pueblos de la Iberia prerromana hacia la nueva realidad provincial romana que fue impulsando lentamente un fenómeno urbanizador apoyado en vías estables de comunicación. El primer paso de este proceso fue la hermandad entre legionarios romanos y *socii* hispanos en la vida cotidiana de los campamentos y en el necesario orden estricto durante los combates. Siguió la promoción de los aliados más fieles, premiados con la consideración de *foederati* y en algunos casos muy concretos incluso con la libertad y la disposición plena de sus tierras y bienes. También con la aplicación de pactos clientelares entre los gobernadores y personajes o grupos atraídos como nuevos clientes. Y existiendo siempre como escalón superior y prestigioso la concesión individual de la ciudadanía romana como premio a los servicios más distinguidos.

La presencia de estos ejércitos estables precisaba de unas importantes redes de suministro que conocemos a través de múltiples anécdotas históricas puntuales pero que la Arqueología documenta

de forma precisa a través de la llegada del vino y aceite itálicos, junto a la vajilla necesaria para su consumo, presentes en tantos y tantos yacimientos del periodo. Fueron materiales transportados por vías marítimas y terrestres a través de redes comerciales que se fueron extendiendo de forma capilar gracias a un complejo mundo de sociedades comerciales gestionadas por romanos e itálicos, desde las grandes societates de *publicani*, *negotiatores* y *redemptores* responsables de las contrataciones de suministro y de las ventas de esclavos, nuevos dueños de minas, salinas y pesquerías hasta los muy numerosos *mercatores* responsables del comercio al detalle.

No existe un acuerdo general para valorar la importancia del fenómeno de la emigración itálica hacia Hispania en las décadas del siglo II a.C. a un nivel ciudadano. Es decir poder valorar cuantos soldados, generación tras generación, decidieron iniciar una nueva vida en las provincias hispanas tras sus años de servicio. Tampoco ha podido todavía valorarse la importancia real de lo que Gabba denominaría “la emigración difusa” de unos agricultores y ganaderos itálicos que pudieron buscar una nueva vida como emigrantes en las provincias hispanas aprovechando las rutas del suministro militar. De cualquier forma, lentamente, los campos cercanos a las ciudades costeras o junto a los grandes cauces fluviales del Ebro y el Guadalquivir vieron aparecer las nuevas *villae* de agricultura intensiva de aceite y vino mientras muchos de los asentamientos indígenas anteriores se iban despoblando y reubicando.

Para el conocimiento de este periodo histórico el aporte de la Arqueología ha resultado fundamental. Las nuevas técnicas de prospección intensiva y sistemática con aplicación de Sistemas de Información Geográfica ha permitido, por ejemplo, investigar algunos de los campos de batalla donde las evidencias del utillaje militar perdido resultan todavía claramente reconocibles. El estudio de la Universidad de Jaén sobre la localización y reconstrucción de la batalla de *Baecula* en el 208 a.C. resulta en este sentido un magnífico ejemplo a seguir. Lugares emblemáticos de referencia como los diferentes *castra* intercomunicados en el gran cerco de asedio de Numancia excavados por A. Schulten, se han visto ahora complementados por ejemplo con los magníficos hallazgos de Caminreal en Teruel o los nuevos trabajos del equipo del profesor F. Burillo en las dos ciudades de Segeda descubiertas y excavadas muy cerca de Calatayud.

También ha sido importante el reconocimiento de las redes de comunicación militar y sobre todo la delimitación y excavación de pequeños asentamientos fortificados situados en posiciones estratégicas en cuyos registros estratigráficos aparece una abundante presencia de *militaria*: armas, elementos de vestuario, utillaje militar y vajilla itálica. Los materiales arqueológicos y los hallazgos numismáticos permiten situar cronológicamente estos yacimientos en relación a los diferentes acontecimientos históricos de los siglos II y I a.C., ya sean las guerras celtibéricas, la guerra sertoriana o la guerra civil entre César y los pompeyanos.

Este volumen que el lector tiene en su mano, editado por Jordi Principal, Toni Naco del Hoyo, Montserrat Duran e Imma Mestres, pretende reconstruir los escenarios de la implantación militar tardo-republicana en las provincias hispanas desde enfoques muy diferentes pero siempre complementarios: historiográficos, arqueológicos y numismáticos. En realidad, solamente de la utilización conjunta de toda la información disponible será posible hacernos una idea global de como se produjo la evolución histórica de este periodo. Precisamos síntesis globales y modelos de interpretación, pero también son necesarios estudios de detalle con el conocimiento preciso de los yacimientos, sus características y secuencias. El lector encontrará en las páginas que siguen buenos ejemplos de todo ello.

Joaquín Ruiz de Arbulo
URV / ICAC
joaquin.ruizdearbulo@urv.cat

“CONECTIVIDAD”, INTEGRACIÓN MILITAR Y “ESTRÉS BÉLICO” EN EL N.E. DE HISPANIA CITERIOR (c. 125-100 a.C.)¹

TONI ÑACO DEL HOYO
ICREA & Universitat de Girona

1. INTRODUCCIÓN: “CONECTIVIDAD MILITAR”

En estos últimos años han aparecido varias propuestas que matizan el sempiterno debate acerca del carácter de la expansión romana durante la República. Hasta hace pocas décadas esta discusión permanecía polarizada en torno, *grosso modo*, a dos grandes cosmovisiones sobre el imperialismo antiguo, básicamente romano: el llamado “imperialismo defensivo” (MOMMSEN 1894, vol.1, 474; BADIAN 1968) y el “imperialismo agresivo o económico” (HARRIS 1979). En concreto, algunas de las respuestas más recientes al debate proceden especialmente de las teorías sobre relaciones internacionales modernas pero aplicadas a la Antigüedad, tanto desde una óptica “realista” y “multipolar” (ECKSTEIN 2006; CHAMPION 2007), como desde un enfoque “estructuralista” (BURTON 2010 y 2011). Precisamente, más allá del inevitable sesgo ideológico asociado a los posicionamientos políticos contemporáneos, vinculados con los defensores de uno u otro modelo, el interés creciente generado por estas cuestiones -entre el gran público y en especialistas procedentes de campos muy diversos- ciertamente ha avivado un debate intelectual profundamente actual, que igualmente permite redimensionar ciertos aspectos de la historia de la Antigüedad, sobre todo cuando en el pasado remoto y en la actualidad guerra y relaciones internacionales constituyen partes integrantes de un mismo

¹ Investigación realizada en el marco del proyecto I+D Excelencia, MINECO: HAR2014-59503-P, y del grupo de investigación emergente 2014SGR-1347. Agradecemos a M^a.J. Pena y Joaquín Muñiz sus comentarios y críticas. La responsabilidad final de cualquier error es, sin embargo, únicamente del autor.

fenómeno (CHAMPION 2004, 1-10; SIDEBOTTOM 2005, 315-330; ERSKINE 2010, 3-11; MATTINGLY 2011, 5-42). Como vemos, la bibliografía sobre estas cuestiones es ingente, por lo que contamos con un buen resumen de la más reciente discusión en la introducción a un volumen precisamente dedicado al imperialismo romano desde una muy interesante perspectiva regional (HOYOS 2013, 1-16).

En esta misma línea muy recientemente A. Eckstein ha destacado que Polibio, mediante el término *symplokê* –que el historiador norteamericano traduce por “interconnectedness”–, describió en la parte central de su obra la lucha por la hegemonía mediterránea mediante la conectividad entre regiones y poblaciones muy dispares tanto del Oriente como del Occidente del Mediterráneo. Según Eckstein, desde finales del siglo III a.C. esa *symplokê* habría atestiguado la progresiva desaparición del antiguo modelo “multipolar” en las relaciones internacionales gracias a la irrupción de Roma en la geopolítica helenística, desde su posición ya emergente si no hegemónica en el centro y occidente del Mediterráneo, por lo que la unipolaridad se acabaría imponiendo a partir del 188 a.C., tras la Paz de Apamea (ECKSTEIN 2008, 25-26; ECKSTEIN 2013, 81 y ss.). No obstante, es cierto que poco o nada arguye ECKSTEIN sobre lo sucedido en el centro y el occidente mediterráneos, en los cuales Cartago y otras potencias todavía discutían la hegemonía de la República romana en la política internacional. Igualmente, en su historia ecológica del Mediterráneo P. Horden y N. Purcell plantean una definición de “connectivity” desde una perspectiva algo distinta a las posiciones defendidas por Eckstein, pero igualmente sugerente: *the various ways in which microregions cohere, both internally and also one with another –in aggregates that may range in size from small clusters to something approaching the entire Mediterranean* (HORDEN, PURCELL 2000, 123). En ambos casos resulta evidente la necesidad de entender cómo la evidencia histórica permite “conectar” áreas geopolíticas aparentemente distintas, sobre todo al interpretar esa evidencia desde una perspectiva algo distinta.

Una vez apuntado el debate teórico, parece oportuno descender a un análisis histórico mucho más específico, centrado en este caso en las últimas décadas del siglo II a.C., en los albores del que sería el último siglo de la República romana, cuyo inicio tradicionalmente se sitúa en el tribuado de la plebe “revolucionario” de Ti. Sempronio Graco, en coincidencia con la destrucción de Numancia, el estallido de la Primera Guerra Servil en Sicilia y la cesión testamentaria del reino de Pérgamo a la República por parte del rey Atalo III, todo ello en el año 133 a.C. (SERRATI 2013, 155-159). A nivel interno, el Estado permanecía sometido a una considerable tensión política y social. En el Senado y en los distintos comicios las facciones dirigentes republicanas seguían combatiendo políticamente entre sí, aunque con más virulencia que en el pasado, como lo demuestra el asesinato de Tiberio ese mismo año y la de su propio hermano, Cayo, una década más tarde. Los proyectos legislativos de reforma agraria y el progresivo aumento de la influencia de los arrendatarios de contratos públicos constituyen dos de los principales argumentos de esa inestabilidad. A todo ello hay que añadir las reformas en el ejército ciudadano en favor de una progresiva profesionalización que paliase la cada vez más alarmante falta de levas, el aumento de la población proletaria y la ausencia de salidas vitales a un campesinado sin tierras en Italia, junto con la no resuelta cuestión del encaje de los *socii latini nominis* en las estructuras del Estado, agravada si cabe con la revuelta y destrucción de la ciudad “aliada” de Fregellae en el año 125 a.C. (ERDKAMP 2007a, 67-73; DE LIGT 2007, 3-20; ERDKAMP 2007b, 96-113; KELLER 2007, 50-54; FLOWER 2010, 61-96). Por su parte, se multiplicaban de forma simultánea los conflictos bélicos en el exterior, alguno de los cuales llegaba a amenazar la seguridad del Estado: la revuelta de Aristónico en Asia, pretendiente al trono de Pérgamo, las campañas en la Galia Transalpina, la Guerra de Yugurta en Africa, las Guerras Címblicas en los distritos alpinos y en las Galias, los importantes disturbios en la Hispania Ulterior, las nuevas hostilidades con los celtíberos en la Citerior, los problemas con los piratas por todo el Mediterráneo, las dos revueltas

serviles en Sicilia, las incursiones de los Galos Escordiscos en los Balcanes, o las Guerras Tracias (KONRAD 2006, 167-177; FLOWER 2010, 97-114; HILLARD, BENESS 2013, 127-140).

Dicho esto, en este artículo pretendemos explorar la posible existencia de un vínculo entre dos conjuntos de datos históricos solo aparentemente disociados entre sí. En primer lugar, a lo largo del siglo II a.C. podemos observar la lenta disolución de algunas de las instituciones políticas del mundo prerromano, que durante las primeras décadas de la presencia republicana en Hispania habían negociado con las autoridades romanas, mediante el uso de la diplomacia y en función de tratados bilaterales, determinadas prerrogativas como el servicio puntual de tropas auxiliares locales en las legiones. Un siglo después de la primera intervención romana, junto con ese proceso de disolución política, se observa la paulatina integración de algunos individuos procedentes de ese mundo no-romano, por cultura y lengua, en las estructuras militares republicanas. Sin embargo, y en claro contraste con lo sucedido en una etapa anterior, existen datos –especialmente numismáticos y arqueológicos- que permiten deducir que esa integración, como personal de apoyo y *auxilia externa*, se produjo tan solo a título individual. Las funciones desempeñadas por esos *externa* los convirtieron en un elemento indispensable del ejército romano, integrados en los mismos a pesar de su condición jurídica peregrina. De este modo, según F. López Sánchez “los hispanos que recibieron moneda en torno al año 100 a.C. lo hicieron porque luchaban en tanto que soldados del ejército romano. Estos hispanos, por lo demás, también combatían a la romana” (LÓPEZ SÁNCHEZ 2010, 182). En cuanto al segundo conjunto de datos, básicamente procedentes de la arqueología y la numismática, nos permite plantear que las autoridades romanas en Hispania habrían decidido consolidar sus estructuras militares de tipo logístico y defensivo, sobre todo en el N.E., con el objetivo de abastecer de tropas auxiliares y suministros a los ejércitos que, por distintas razones, en esos mismos momentos estaban ocupados primordialmente en varias campañas al norte de los Pirineos.

De este modo, parecen existir evidencias que prueban que el N.E. de la Hispania Citerior estuvo sometido a un verdadero “estrés bélico” durante las últimas dos décadas del siglo II a.C en función de su participación indirecta, probablemente como base logística, en conflictos que tuvieron lugar en otras localizaciones (ÑACO, PRINCIPAL 2012, 159-177; PRINCIPAL, ÑACO 2014, 211-226). Por tanto, ese doble conjunto de datos podría indicar que ambos fenómenos –integración puntual de individuos en los ejércitos republicanos en Hispania y la organización de estructuras logísticas al sur de los Pirineos como apoyo a los ejércitos romanos en tránsito y operando al norte de los mismos- formaban parte de un único episodio de “estrés bélico” en el que una verdadera “conectividad militar” unió lo sucedido en ambas vertientes de los Pirineos, a pesar de que ello sólo hubiera ocurrido de forma temporal durante algunas décadas, con anterioridad al estallido y desarrollo de la Guerra Social en Italia.

2. HISPANIA CITERIOR TRAS LA “PAZ” POST-NUMANTINA

El interés de los autores clásicos por describir los asuntos militares ocurridos en la Hispania Citerior a partir aproximadamente de la década del 180 a.C. se desplazó progresivamente desde las áreas costeras hacia el interior peninsular, de la misma forma que ocurría con los principales combates con las poblaciones locales, desplazándose en este caso hacia áreas del interior del valle del Ebro (ÑACO 2006, 150-151; CADIU 2008, 37ss.). Como veremos más adelante, regiones como el nordeste de la Citerior parecen simplemente “desaparecer” del relato histórico justo en ese momento, y ello a pesar de haber constituido el primer territorio hispánico al que llegaron los ejércitos romanos, o de haber sido escenario de importantes combates tanto durante la Segunda Guerra Púnica como en las rebeliones posteriores a la decisión del Senado romano de enviar regularmente magistrados *cum imperio* a ambas *provinciae* hispánicas en el año 197 a.C. (VERVAET, ÑACO 2006, 21-46). Por lo

general continua aceptándose la interpretación según la cual, especialmente en las áreas costeras y alejadas del interior peninsular, “entre las guerras destinadas a controlar el territorio que siguieron a la derrota cartaginesa en tiempo de Catón (*cos.* 195 a.C.) y las guerras civiles del siglo I a.C. la Hispania Citerior atravesó una larga etapa de paz” (DÍAZ ARIÑO 2009, 120, n.13). Sin embargo, el hecho de carecer de frentes de guerra que atrajeran la atención de los autores clásicos tampoco significa la virtual desmilitarización de regiones como el N.E. de la Citerior. De hecho, algunos investigadores han propuesto una estructuración romana del territorio de la Hispania Citerior desde el final de las operaciones bélicas de la Segunda Guerra Púnica o del período catoniano, extrapolando para ello dos elementos hipotéticamente relacionados entre sí; en primer lugar, la distribución en *regiones* que se observa en el texto de Plinio el Viejo referido a Hispania y, a continuación, la moneda ibérica como supuesto testimonio de la capitalidad de esas regiones en el N.E., a partir de una datación igualmente temprana de la misma (KNAPP 1977, 66ss; BELTRÁN LLORIS 2008, 125-130; PÉREZ ALMOGUERA 2008, 49-73). No es este el lugar adecuado para rebatir estos argumentos, pero ni compartimos la asunción de un grado elevado de planificación de la administración republicana de los asuntos hispanos –particularmente en cuestiones fiscales– durante una gran parte del siglo II a.C., ni tampoco pensamos que la moneda ibérica hubiera aparecido en ese momento sino casi un siglo después y con motivaciones muy concretas, como fue el pago individualizado de contingentes auxiliares (ÑACO 2003, 134-145; 188-193; 215-221; ÑACO 2009, 175-180; LÓPEZ SÁNCHEZ 2010).

Por su parte, la mitad de siglo que media entre la toma de Numancia, junto con la celebración al año siguiente del triunfo tanto de Escipión Emiliano sobre la ciudad arévaca y de D. Iunius Brutus sobre los Galaicos (132 a.C.) y, por otra parte, el estallido de la Guerra de Sertorio (82 a.C.) constituye un período en el cual la información sobre la actividad y los intereses de la República en ambas *provinciae* hispánicas, preservada en la literatura clásica y en los *Fasti Triumphales*, resulta escasa especialmente en comparación con el siglo precedente (ROLDÁN, WULFF 2001, 181-216). Todo ello se constata de forma especial en el caso de la Hispania Citerior para la cual los datos históricos resultan todavía más escasos en este mismo período. De hecho, desde la toma de Numancia hasta la intervención de T. Didius, uno de los cónsules del año 98 a.C., llegado a la Hispania Citerior con la misión de sofocar las nuevas insurgencias de los celtíberos (APP. *Hisp.* 99.431; SALINAS DE FRÍAS 1995, 81-84; BARRANDON 2011a, 53-54), la fragmentariedad de la evidencia no permite identificar a ningún magistrado (cónsul, procónsul o pretor) a quién el Senado le hubiera concedido la Citerior como *provincia* específica. Una excepción serían dos posibles magistrados o al menos personajes de una cierta relevancia –Q. Fabius Labeo y Manius Sergius– sólo atestiguados por varios miliarios fechados *c.* 110 a.C., además de Q. Fabius Maximus, pretor en el año 123 a.C. aunque ignoramos su *provincia* (RICHARDSON 1986; 167; MAYER, RODÀ 1997, 15; BRENNAN 2000, 180-181; DÍAZ ARIÑO 2008, 90-92). Igualmente, la evidencia disponible no puede probar que la Hispania Citerior constituyese la *provincia consularis* de Q. Caecilius Metellus Balearicus, uno de los cónsules del 123 a.C. a quién el Senado encargó la conquista de las Baleares y que no completó hasta el 121 a.C., como lo atestigua la celebración de su triunfo en Roma como procónsul (DEGRASSI 1954, 106; CIC. *Fin.* 5.82). Mientras que la arqueología de algunos yacimientos de tipología militar en las Baleares parece corroborar recientemente la cronología de esa intervención, la epigrafía plantea nuevas dudas sobre el posible origen de la población establecida en las islas a lo largo del siguiente siglo (PENA 2012, 148ss.). A pesar de ello, este panorama tampoco resultaba homogéneo en la totalidad de las *provinciae* hispánicas. De hecho existen bastantes más datos acerca de la extensión de la guerra sobre varias zonas de la Hispania Ulterior durante la última década y media del siglo II a.C., como se desprende de la cantidad de magistrados *cum imperio* enviados a ese territorio durante el mismo período (Richardson 1986, 192), sobre todo en comparación con la Citerior: C. Marius (114 a.C.), L. Calpurnius Piso (113 o 112 a.C.), Ser. Sulpicius Galba (probablemente 111 a.C.), Q. Servilius Caepio (109-107 a.C.), L. Caesius

C-f (104 a.C., conocido solo por la denominada *deditio* de Alcántara), M. Mario (c. 102 a.C., hermano de C. Mario, y quizás pretor en la Ulterior o en una sola *provincia Hispania* según SALINAS DE FRÍAS 1995, 84). De hecho, R. Evans ha defendido la posibilidad que M. Mario no hubiera detentado el gobierno provincial en la Ulterior sino en la Citerior, y que se hubiese encargado de coordinar con su propio hermano la defensa de los territorios hispanos que sufrieron la invasión cimbria en el 104-103 a.C., una hipótesis basada en una supuesta confusión de Apiano difícil de sostener (EVANS 2008, 82ss.; SÁNCHEZ MORENO 2017). Finalmente, la llegada del cónsul T. Didius a la Citerior en el 98 a.C. coincidió con la celebración del triunfo del procónsul L. Cornelio Dolabella (*pr.* 100 a.C.) sobre los Lusitanos (ROLDÁN 1980, 165-169; SALINAS DE FRÍAS 2012, 105-109).

Las décadas que siguieron a la toma de Numancia suelen describirse –en este caso en palabras de N. Barrandon– como *une pacification romaine non planifiée, 133-82 a.C.* (BARRANDON 2011a, 53-81), asentada a partir de la llegada a Hispania de una comisión de diez senadores que se habría encargado, a partir del relato de Apiano (*Hisp.* 99.428), de la gestión de la rotunda victoria de Escipión Emiliano sobre la ciudad arévaca. Mucho se ha especulado sobre el alcance real de las medidas tomadas por esos *decemviri* en el año 132 a.C., más allá de certificar la repartición de las tierras de la ciudad destruida entre sus propios vecinos (*App. Hisp.* 98.427). Según indica F. Pina Polo una atenta lectura de dos capítulos de Apiano (*Hisp.* 99-100) en los que se resumen varias décadas de acontecimientos permite plantear la llegada de al menos tres comisiones senatoriales distintas entre 132 y 93 a.C. (PINA POLO 1997, 83-104; ÑACO 2003, 180-193). Este escenario sugiere, por tanto, que la hipotética “paz” que los *decemviri* senatoriales lograron establecer en el 132 a.C. difícilmente debe interpretarse como algo definitivo, como de hecho lo demuestra el resurgir del conflicto celtiberolusitano a finales del siglo II e inicios del I a.C. (RICHARDSON 1986, 156-171; MARTÍNEZ CABALLERO 2011, 122-128, destacando en este caso la persistencia de una cierta inestabilidad en el área del Alto Duero Occidental, a causa de las duras condiciones impuestas tras la destrucción de Numancia; SÁNCHEZ MORENO 2017). Al mismo tiempo, tampoco conocemos las eventuales medidas tomadas por las otras dos comisiones, que quizás llegaron respectivamente a Hispania durante los últimos años del siglo (*App. Hisp.* 99.430) y durante el proconsulado de T. Didius (*App. Hisp.* 100.433), lo que por otra parte refuerza la hipótesis sobre la gran relevancia de las revueltas protagonizadas por los Celtíberos en ese momento (SALINAS DE FRÍAS 2007, 39-40; LE ROUX 2009, 152ss.; LÓPEZ SÁNCHEZ 2010, 176-178; MARTÍNEZ CABALLERO 2011, 122ss.; SÁNCHEZ MORENO 2017).

Un dato aparentemente aislado, como es la ayuda militar dispensada a los intereses republicanos por los Celtíberos al expulsar a los Cimbrios al norte de los Pirineos (*Liv. Per.* 67), permite entender mejor algunos acontecimientos sucedidos en la Hispania Citerior a partir del 132. De hecho, a lo largo de casi un siglo de actividad romana la resolución de algunos conflictos bélicos mediante la *deditio*, o acuerdos diplomáticos similares, certificaba no solo el fin de las hostilidades sino también la reparación de guerra exigible a los vencidos (SASTRE 2003, 157-192; GARCÍA RIAZA 2011, 31-65). Esas cláusulas podían continuar o incluso dar pie a una alianza militar con los supervivientes del conflicto, sus instituciones o sus élites. Ello podía concretarse ocasionalmente con la participación de contingentes locales como *auxilia externa*, o sencillamente apoyando los intereses militares romanos cuando ello fuera necesario (ROLDÁN 1993, 39-42). Según algunos investigadores esos contingentes auxiliares se reclutaban en las cercanías del lugar dónde se preveía que tuviesen lugar los combates, procediendo en su mayor parte de poblaciones recientemente sometidas, una aseveración que no obstante tan solo responde a una deducción moderna y no al análisis de la evidencia histórica (ROLDÁN 1993, 39; CADIOU 2008, 679). En el caso de los Celtíberos que expulsaron a los Cimbrios de Hispania c. 103 a.C., Apiano confirma la imposibilidad de enviar nuevos ejércitos desde Italia, a causa de la multiplicidad de conflictos en

los que se veía inmersa la República en ese momento (APP. *Hisp.* 99.430), por lo que todo parece suponer que Roma sencillamente recurrió a una cláusula de un hipotético acuerdo todavía existente con esas poblaciones. Existen datos para interpretar que, a diferencia de las indemnizaciones de guerra en sentido en estricto, la cláusula que establecía la entrega de *auxilia externa* por parte de los Belos y los Titos en el contexto de los famosos tratados de rendición negociados por Ti. Sempronio Graco (*cos.* 177 a.C.), cuando este último era pretor y procónsul en la Hispania Citerior (180-179 a.C.), habría persistido hasta después de que Graco abandonase su *provincia*, siendo condonada, como sabemos en el caso de la ciudad de Segeda, en algún momento anterior al estallido de un nuevo conflicto en el año 153 a.C. (APP. *Hisp.* 43-44; D.S. 31.39; GARCÍA RIAZA 2002, 62-68; ÑACO 2003, 159-163). Por tanto, la cláusula que implicaba la participación de *auxilia externa* en los ejércitos romanos habría persistido tras el 178 a.C. y, quizás también, tras el 132 a.C., y de ahí su reclamación en el 104 a.C. Sin embargo, como veremos, la aparición de la moneda celtibérica en ese momento atestigua cambios importantes en las fórmulas de reclutamiento y de gestión de esos *auxilia externa*. Esos años de profunda desestabilización en la Hispania Citerior, de acuerdo con el conocido relato de Apiano (*Hisp.* 100), podían haber sido provocados por las consecuencias de la resolución de la invasión cimbria gracias al concurso celtíbero, ya que este último hecho debió de poner de manifiesto cruciales divisiones internas y distintos posicionamientos ante el dominio romano en la región (LÓPEZ SÁNCHEZ 2007, 307).

3. LA GALIA TRANSALPINA, *SPECULA POPULI ROMANI AC PROPUGNACULUM*.

Si bien no existen evidencias sobre combates directos en el N.E. de la Citerior en nuestro período, los contingentes de *auxilia externa* que circularían por la región debían de haber sido destinados a áreas relativamente cercanas en las cuales las legiones romanas precisaran tropas auxiliares de refresco. En el resto de la Citerior no hay datos sobre conflicto alguno hasta casi finales de siglo y en la Ulterior pervivieron los combates desde al menos el 114 a.C. A partir del 125 a.C. el sur de la Galia, un área relativamente cercana al N.E. de la Citerior y bien comunicada con la misma por vía terrestre, sufrió gran inestabilidad, propiciada por la presión ejercida por una multiplicidad de pueblos galos ante la voluntad de la República de afianzar sus distintos intereses estratégicos, probablemente comerciales pero también militares en la conexión Italia-Galia-Hispania, a la vez que en la última década del siglo la guerra cimbria y las revueltas de los galos tectosages, por poner dos ejemplos, sembraron el terror en esas regiones meridionales (BARRUOL 1969, 167-172; GOUDINEAU 1978, 679-694; CHRISTOL 2010, 15-36; MORET 2012, 141-151). De todos modos, Ch. Ebel, basándose en criterios numismáticos hoy en día discutibles -como una datación “alta” del denario ibérico-, planteó que los gobernadores de la Hispania Citerior se habrían podido encargar de los asuntos transalpinos, difuminándose por tanto cualquier tipo de frontera pirenaica a lo largo del siglo II a.C., idea algo matizada por estudios posteriores pero que en general aceptan que el interés romano por la región pudo haber sido anterior al 125 a.C. (EBEL 1976, 41-63; ROMAN 1990, 13-19; 1992, 66-68; BELTRÁN LLORIS, PINA POLO 1994, 112-113; ROMAN 1997, 375-390). A pesar de todo, algunas posiciones críticas han destacado la necesidad de conectar esos focos de inestabilidad posteriores al 125 a.C. con las posibles repercusiones en la Galia de las convulsiones políticas provocadas por las reformas y posterior asesinato de los Graco, junto con el impacto sobre el territorio de la *deductio* colonial de Narbo y de otras confiscaciones de tierra similares (HERMON 1993, 18-20; PÉREZ 1995, 252-255; PAILLER 2003, 546-547).

En cualquier caso, más allá de las discusiones historiográficas acerca de la voluntad o no de la República al avanzar en el control de la Galia meridional, la constante actividad militar romana en las dos *provinciae* hispánicas durante gran parte del siglo II a.C. probablemente implicaba, más allá

de la política de reclutamiento *ad hoc* de *auxilia externa* en Hispania, el envío desde Italia de nuevas legiones y de cuerpos de auxiliares aliados latinos, junto con sus respectivos mandos provinciales (CADIOU 2008, 85-171). La peligrosidad de las comunicaciones marítimas entre Hispania e Italia era conocida desde antaño, debido a las especiales condiciones climatológicas del Golfo de León, aunque parecieron agravarse en nuestro período debido a la intensa actividad de los piratas ligures y sardos (EBEL 1976, 61-62). Estos últimos quizás buscaron refugio más adelante en las Baleares, lo que a su vez pudo haber motivado la intervención de Q. Cecilio Metelo en los años 123-121 a.C. (ALVAREZ-OSSORIO 2008, 94). De este modo, el tránsito de los ejércitos republicanos por el área terrestre del litoral galo desde Italia y con destino a Hispania acabó convirtiéndose en una práctica habitual, aunque tampoco totalmente segura, como lo atestigua la muerte de dos magistrados antes de llegar a sus puestos en los años 189 a.C. (LIV. 37.57.1-3) y 173 a.C. (LIV. 42.4.1). De hecho, la intervención romana en la región, a petición de Massalia, en el año 154 a.C. normalmente se relaciona con la presión ejercida por Ligures y otros galos sobre la antigua colonia focense (PLB. 33.8-10; LIV. *Per.* 47; OBSEQ.17).

La necesidad de mantener esa ruta terrestre permanentemente abierta al tránsito legionario a buen seguro debió motivar una intervención decidida de la República cuando reaparecieron los problemas en el año 125 a.C., al solicitar de nuevo Massalia ayuda al Senado una vez atacada por Ligures y Salios (RICHARDSON 1986, 179-180; ROMAN 1991, 35-38). Todo ello coincidió ese mismo año con una grave epidemia en el norte de Africa que posiblemente disminuyó sensiblemente la cantidad de cereal que llegaba a los mercados italianos y, también, con la represión de varias revueltas en Cerdeña y en Italia (Fregellae), una coyuntura de gestión compleja para la República. Resulta sintomático que en cinco años, entre el 125 y el 121 a.C., Roma decidiera enviar a cuatro de los diez cónsules en activo a operaciones militares en la Galia Transalpina, lo que si probablemente no indica un plan premeditado de intervención como sugiere M. Tarpin, sí por lo menos una inevitable preocupación por lo sucedido y por la gestión inmediata de los intereses romanos (TARPIN 2007, 483ss.). Precisamente, en este mismo período la destrucción y posterior reconstrucción de varias áreas monumentales del *oppidum* de Glanum constituye un claro ejemplo de cómo la arqueología también atestigua la inestable situación que afectó a la Galia transalpina durante estas últimas décadas del siglo II a.C. (HEYN 2006, 183). Una respuesta prácticamente inmediata por parte de las autoridades republicanas fue la creación y el mantenimiento de una infraestructura viaria jalonada por una red de puestos militares, de los cuales Narbo constituyó un primer mojón. A ello parece aludir el famoso texto de Cicerón donde precisamente se atribuía a esta *colonia nostrorum civium* una función directamente vinculada con la seguridad y la defensa de las posiciones romanas: *specula populi Romani ac propugnaculum istis ipsis nationibus* (CIC. *Font.* 5.13; AUSTIN, RANKOV 1995, 94; UGOLINI, OLIVE 2003, 297-302; SANCHEZ 2009, 15-29).

La posible “conectividad” militar entre ambas vertientes de los Pirineos, gracias a la enorme importancia de la vía Domitia (CIC. *Font.* 8.18) como infraestructura militar con que asegurar el flujo de tropas hacia Hispania, había sido defendida en su momento por E. Badian: *It was the road to Spain that had provided the only real Roman interest in the region (...). Gallia, for the moment, was no more than a road* (BADIAN 1966, 904). Su principal evidencia reside en un texto de Estrabón donde vincula militarmente la conexión viaria entre Italia e Hispania desde al menos el 118 a.C., y ello a pesar de las dificultades inherentes a las incursiones de bandidos y piratas. Más contundente resulta su afirmación que el dominio romano en la Transalpina se limitaba a un verdadero “cordón sanitario”, protegido militarmente, en torno a esa vía: “Sólo después de ochenta años de guerra se logró el difícil acuerdo de que dejaran un ancho de doce estadios para que pudieran pasar por el camino los viajeros en misión oficial”, (STR. 4.6.3; trad. PIÑERO, MEANA 1992). Por lo general, estos datos se han puesto en relación con un texto de Polibio (3.39.8), donde se insiste en la vinculación